

TESIS DOCTORAL

María Dolores Arana.
El exilio literario republicano
español de 1939 desde una
perspectiva feminista

Mar Trallero Cordero

Director:

Manuel Aznar Soler

Bellaterra, 23 de mayo de 2018

Departamento de Filología Española
Facultad de Filosofía y Letras



Universitat Autònoma de Barcelona

Artículos de María Dolores Arana en *Papeles de Son Armadans* (1961-1976)

Carta de México. LXI, p. III

“El rey viejo” de Fernando Benítez. LXII, p. 222

“Tiene la noche un árbol” de Guadalupe Dueñas. LXIV, p. 96

“Historia de una obra pía (El hospital de Jesús en la historia de México)” de M^a Elena Sodí de Pallarés. LXIV, p. 99

“La tierra pródiga” de Agustín Yáñez. LXIX, p. 381

Carta de México. LXXIII, p. III

“Las tierras flacas” de Agustín Yáñez. LXXXIII, p. 210

“Puertas del mundo” de Juan Bañuelos. LXXXIII, p. 212

Fernando Pessoa. Antología. LXXXIV, p. 328

“Palabras cruzadas” de Elena Poniatowska. LXXXV, p. 110

“El tambor de hojalata” de Günter Grass. XCIII, p. 332

“Salamandra” de Octavio Paz. XCV, p. 214

Carta de México. XCIX, p. LXVII

Sobre Luis Cernuda. CXVII, p. 311 1965

Dos libros importantes de Octavio Paz. CCXXX, p. 191

Los tres premios Villaurrutia. CCXXXV, p. 87

El torrencial lirismo de Marco Antonio Montes de Oca. CCXLV-I, p. 263

Carta de México

HACE YA MÁS DE UN SIGLO QUE HEGEL EN SUS *Lecciones sobre la Historia Universal* hablaba de que América no era más que un eco del Viejo Mundo y su vida el reflejo de una vida ajena. Actualmente, un joven pensador mexicano, Leopoldo Zea,¹ afirma que hasta hace poco tiempo ha sido América el monólogo de Europa, una de las formas históricas en que encarnó su pensamiento, pero que este monólogo se ha hecho diálogo. Un diálogo con el que se trata de resolver los agobiantes problemas a que se enfrenta el hombre de Latinoamérica que «por primera vez, desde hace más de trescientos años» deja de ser «materia inerte sobre la que se ejerce la voluntad de los poderosos».² Mas como estos problemas no son ya sólo incumbencia del latinoamericano sino que incumben por igual a todos los hombres que forman la gran comunidad de naciones que hoy integran el mundo, el americano se está encontrando con la fuente de la más auténtica universalidad, la universalidad que es meta de todas las filosofías y supuesta por todas las culturas: el hombre.

Gracias, pues, a este diálogo el latinoamericano no podrá ya sentirse al margen de la historia y al adoptar una actitud histórica contribuirá de manera activa a su

¹ *Latinoamérica y el mundo*. Venezuela, 1960.

² Octavio Paz. *Laberinto de la soledad*. México, 1959.

desarrollo aportando sus propias experiencias y sobre todo encarándose a la tarea del pensar, mundialmente en situación harto precaria.

Según Heidegger lo único que puede salvar al hombre de nuestros días del grave peligro en que se halla en estos momentos en que se inicia la era atómica es, precisamente, *mantener despierto el pensamiento*. La carencia de pensamiento típica de los convulsionados tiempos en que vivimos, pese a que jamás se ha planeado tan extensamente, se ha investigado con tan gran pasión ni se ha averiguado tan sorprendente número de cosas, coloca al ser humano al borde de perder o prostituir lo que constituye su propia esencia, es decir, su capacidad de *ser un ente pensante*. Capacidad en que reside su dignidad y mérito, como dijo Pascal.

Coincidiendo en las preocupaciones del filósofo alemán, un gran poeta mexicano, Octavio Paz, exclama: «Tenemos que inventar si es preciso palabras nuevas para estas nuevas y extrañas realidades que nos han salido al paso. Pensar es el primer deber de la inteligencia. Y en ciertos aspectos el único».

Pero volviendo a Leopoldo Zea y prosiguiendo el hilo de su pensamiento vamos a ver en qué forma fija la posición de los pueblos que integran la comunidad latinoamericana y su persistente preocupación por los problemas que más directamente le atañen.

Con anterioridad a que surgiera lo que podría denominarse conciencia cultural latinoamericana con sentido propio e independiente, prevalecieron dos actitudes opuestas: la de quienes aferrados al pasado se opusieron

a cualquier alteración de esta herencia y la de los que se ha convenido en llamar europeizantes. Éstos «a fuerza de querer ser europeos, acabaron por sentirse no sólo desterrados de la cultura europea y occidental, sino parias de la cultura. Ya no formaban parte de la realidad propia de América; pero tampoco de la realidad que en vano querían convertir en propia. No eran ni americanos ni europeos: los primeros no querían seguir siéndolo; los segundos no podían serlo. De esta manera se transformaron en hombres a la expectativa de un futuro desligado de su pasado en un presente que era pura espera». En otras palabras, quedaron expectando en el presente las posibilidades de un futuro.

Pero los latinoamericanos no podían quedarse con los brazos cruzados. Necesitaban hacer algo. Aunque sólo fuera vivir a la altura del tiempo, en cierto nivel histórico. Así se encuentran haciendo historia y con ella una cultura. Una cultura propia de la que habían carecido hasta entonces por haber adoptado una civilización ajena y porque tras un siglo de independencia las influencias foráneas seguían siendo primordiales. La «inteligencia americana» no había tenido aún su Hidalgo, su Bolívar, ni su San Martín.

A partir de estos momentos es cuando comienza a vislumbrarse la cultura americana. Se puede ya hablar de ella como de algo tangible y no pasará mucho tiempo sin que ocupe el lugar que le corresponde en la cultura del mundo; sin que juegue un papel tan importante, por lo menos, como el que ha desempeñado en América durante ciento cincuenta años el mundo

anglosajón. Y junto a ella surgirá la nueva hispanidad que comienza a bosquejarse. Una hispanidad, como ha dicho Américo Castro, sin mayúsculas caudillescas. La hispanidad que anda del brazo y del corazón con nuestra americanidad, que nos resuenan en el vértigo tenaz y rumoroso de una sangre por la que viajan heroísmos de Cuauhtémoc y Atahualpa, poemas en náhuatl y quéchua componiendo armonías superiores con estrofas de Lope, de Ercilla, de Garcilaso el Inca y de Sor Juana.

Entre las naciones latinoamericanas ninguna mejor preparada para encabezar este movimiento espiritual de la cultura en América, como México. Ya en 1816, Fernández de Lizardi arremete en sus novelas contra las formas culturales forasteras y, posteriormente, en época de Benito Juárez es cuando adquieren más vigor estas tendencias. Por otra parte, sería interesante señalar que mientras en el resto de las repúblicas hermanas persiste, aún, una clara delimitación que separa el elemento cultural indígena del hispánico, es decir, que existen bien marcados los contrapuntos de indigenismo e hispanismo, en México se ha producido la emulsión de ambos elementos pese a que, como señala el joven académico José Luis Martínez, «sigan combatiéndose públicamente y dentro de cada mexicano». Sin embargo —añade más adelante— «esta complejidad implica una doble responsabilidad para el mexicano, la de que seamos leales a nuestras dos tradiciones y la de persuadirnos a conciliarlas en nuestro ánimo y en nuestras expresiones al modo como están ya juntas y apaci-

guadas en nuestra sangre y en el color de nuestra piel». ³

La emulsión de las dos vigorosas corrientes culturales revela claramente una modalidad nueva de ser, determinante de la nacionalidad actual y que se realiza en México gracias a la revolución.

Si como hemos señalado anteriormente, durante el siglo XIX, tanto en México como en el resto de los países latinoamericanos, imperó la tendencia europeizante que desprecia sus propias realizaciones por considerarlas inferiores a las de Europa, a partir de este momento, el de la revolución de 1910, comienza a apreciarse por los propios mexicanos cuanto se hace, y surge el nuevo sentido nacional de la cultura. Al dar sus espaldas a Europa, señala Samuel Ramos, México aprovecha la idea del «nacionalismo», concepto europeo que predomina en toda la cultura mexicana.

Ha llegado, pues, el momento en que el mexicano recogido en sí inquiera y pregunta y se esfuerza por explicar cuanto significa ser mexicano en Latinoamérica y en el mundo entero. Este conocimiento determina su propia conciencia, su necesidad de ser. Alfonso Reyes, el mexicano universal por excelencia, dirá: «México para los mexicanos». Pero sin perder de vista el desarrollo cultural del mundo. Fiel a su pasado indígena e hispano mas con el sentido propio de toda cultura universal.

³ Discurso de entrada en la Academia de la Lengua.

A propósito de todo esto, uno de los más destacados intérpretes del México contemporáneo, Octavio Paz, explica: «La revolución mexicana nos forzó a salir de nuestro encasillamiento y a tornar la mirada hacia la historia; nos asignó la tarea de inventar nuestro propio futuro y nuestras propias instituciones. La revolución mexicana se ha extinguido sin haber resuelto nuestras contradicciones. Después de la segunda guerra mundial, nos damos cuenta que esa creación de nosotros mismos que la realidad nos exige no es diversa a la que una realidad semejante reclama a los otros. Vivimos, como el resto del planeta, una coyuntura decisiva y mortal, huérfanos de pasado y con un futuro por inventar. La historia universal es ya tarea común. Y nuestro laberinto, el de todos los hombres».

Por la revolución el mexicano se «ha reconciliado con su historia y con su origen». Súbitamente ha quedado inmerso en su propio ser: «México se atreve a ser. Sus problemas son los problemas de todos los hombres, de todos los habitantes del mundo. Una sola civilización y una sola cultura ha sustituido a la antigua pluralidad de culturas».

Ahora bien, el primer paso con miras a la formación de una cultura mexicana independiente es el de la reconstrucción nacional que se inicia diez años después de haber comenzado la revolución. De esta reconstrucción parte el gran renacimiento cultural operado en México durante los últimos veinte años y que coincide con el momento histórico en que todas las experiencias y enseñanzas anteriores «al igual que los alimentos

digeridos, se transforman en fuerza y sangre de quien los asimile».⁴

Desde este momento nadie podrá definir la literatura mexicana diciendo que «es una rama de la española»⁵ porque estando ya juntos y debidamente evolucionados los elementos integrantes de la nacionalidad mexicana en orden a la cultura puede decirse con exactitud literatura mexicana, auténticamente mexicana. Y con idéntico vigor que se combatió la tendencia europeizante, el mexicano de la actual generación quiere desacreditar todo aquel nacionalismo chauvinista que llegó a considerar antimexicano cualquier obra de arte que no tuviera una referencia expresa a la explotación del indio, del campesino o del bracero. Y aboga, además, por la libertad de expresión artística. Los jóvenes intelectuales y artistas del México de hoy no se interesan ya «por las angostas veredas que conectan una aldea con otra aldea de adobes. Quieren las anchas vías que les conduzcan al resto del mundo».⁶

El poeta alemán Juan Pedro Hebel, escribía: «Somos plantas que debemos elevarnos con la raíz en la tierra para florecer en el éter y dar frutos». Con él podemos decir que en este renacimiento cultural de México han surgido también hombres plantas que elevándose desde lo profundo de la tierra mexicana han florecido en el

⁴ Séneca.

⁵ Carlos González Peña. *Historia de la Literatura Mexicana*. México, 1928.

⁶ El pintor mexicano José Luis Cuevas.

alto cielo del espíritu y han dado fruto. Entre ellos los más destacados por su innegable influencia en la actual generación: José Vasconcelos, Alfonso Reyes y Martín Luis Guzmán. Todos ellos pertenecientes a la llamada generación del Ateneo que difunde el gusto por el ensayo y la filosofía en México.

Vasconcelos, hombre de acción y escritor vigoroso es el que más se adentra en lo que pudiera denominarse filosofía del americano. Es, para Octavio Paz, quien sienta las bases de una filosofía iberoamericana. «Su obra —dice el poeta mexicano—, es ante todo una obra personal, al contrario de lo que acontecía con liberales y positivistas, que continuaban vastas corrientes ideológicas. La obra de Vasconcelos posee la coherencia poética de los grandes sistemas filosóficos, pero no su rigor; es un monumento aislado, que no ha originado ni una escuela ni un movimiento». No obstante, nadie podría dejar de reconocer que el autor de *Ulises Criollo* es el americano que ha señalado con mayor entereza, con más pasión y entusiasmo la condición mestiza del hombre de Latinoamérica. En su libro *La Raza Cósmica* puede leerse: «La colonización española creó mestizaje; esto señala su carácter, fija su personalidad y define su porvenir. El inglés siguió cruzándose sólo con el blanco y exterminó al indígena; lo sigue exterminando con la sorda lucha económica más eficaz que la conquista armada. Esto prueba su limitación y es el indicio de su decadencia. Equivale en grande a los matrimonios de los Faraones, que minaron la virtud de aquella raza, y contradice al fin ulterior de la historia, que es

lograr la fusión de los pueblos y las culturas. Hacer un mundo inglés; exterminar a los rojos, para que en toda la América se renueve el norte de Europa, hecho de blancos puros, no es más que repetir el proceso victorioso de una raza vencedora. Ya esto lo hicieron los rojos; lo han hecho y lo han intentado todas las razas fuertes y homogéneas; pero eso no resuelve el problema humano; para un objetivo tan menguado no se quedó en reserva cinco mil años la América. El objeto del continente nuevo y antiguo es mucho más importante. Su predestinación, obedece al designio de constituir la cuna de una raza quinta en la que se fundirán todos los pueblos, para reemplazar a los cuatro que aisladamente han venido forjando la historia. En el suelo de América hallará término la dispersión; allí se consumará la unidad por el triunfo del amor fecundo, y la superación de todas las estirpes».

Vasconcelos considera que el pasado es un medio para salvar y asegurar el porvenir. Su actitud apoyada en la tradición entraña una doble actitud de dependencia e independencia con respecto al pasado. Para el pensador mexicano la realidad de la vida del iberoamericano es algo dinámico, el impulso vital, «élan vital» que determina una evolución en el tiempo. Tiempo que se va haciendo en una continuidad viva.

Alfonso Reyes es probablemente el hombre de letras más completo que haya dado hasta ahora México. El mexicano universal, síntesis de pasadas grandezas y de esperanzas por realizar. De la obra de este escritor para quien «la literatura fue religión, nos dice Octavio

Paz, que no sólo puede extraerse de ella una crítica sino una filosofía y una ética del lenguaje. Por tal razón no es un azar que, al mismo tiempo que defiende la transparencia del vocablo y la universalidad de su significado, predique una misión. Pues aparte de esa radical fidelidad al lenguaje que define a todo escritor, el mexicano tiene algunos deberes específicos. El primero de todos consiste en expresar lo nuestro. O para emplear las palabras de Reyes « buscar el alma nacional ». Tarea ardua y extrema, pues usamos un lenguaje hecho y que no hemos creado para revelar a una sociedad balbuciente y a un hombre enmarañado. No tenemos más remedio que usar de un idioma que ha sufrido ya las experiencias de Góngora y Quevedo, de Cervantes y San Juan, para expresar a un hombre que no acaba de ser y que no se conoce a sí mismo. Escribir, equivale a deshacer el español y a recrearlo para que se vuelva mexicano, sin dejar de ser español. Nuestra fidelidad al lenguaje, en suma, implica fidelidad a nuestro pueblo y fidelidad a una tradición que no es nuestra totalmente sino por un acto de violencia intelectual. En la escritura de Reyes viven los dos términos de este extremoso deber. Por eso, en sus mejores momentos, su obra consiste en la invención de un lenguaje y de una forma universales y capaces de contener, sin ahogarlos y sin desgarrarse, todos nuestros inexpresados conflictos.

Martín Luis Guzmán, el tercer escritor de este triunvirato, es junto con Mariano Azuela la influencia más decisiva entre los jóvenes novelistas de México.

Su entronque con la novela realista de Fernández de Lizardi es clara y evidente. Se le considera como el novelista de la revolución y en sus novelas encontramos una respuesta a sus problemas y a sus inquietudes de revolucionario. Su acento es el acento de la verdad. Recrea la realidad. «Al pan, pan y al vino, vino», diría un español. Como en Fernández de Lizardi, como en las novelas mejores de nuestra picaresca, nos empapa de aquella «fiesta de balas» como él llama a la revolución. Una imagen certera con grandeza y dimensiones universales. El espejo sthendaliano a lo largo del camino.

MARÍA DOLORES ARANA

Avda. Amsterdam, 119, D.

México, D. F.

te edición que es también obra, y esmeradísima, de Ángel Caffarena. Málaga contaba con un editor excep-

cional de poesía: Fernández Canivell. Junto a él, cuenta hoy con este otro.

L. de L.

«*El Rey Viejo*», de Fernando Benítez

Fernando Benítez es un escritor agudo, un cronista valiente y hombre lleno de inquietudes cuya labor en orden a los menesteres de la cultura nadie puede dejar de reconocer. Con esta su primera novela — novela de escritor en plena madurez — queda incorporado al grupo de los más destacados novelistas de México.

*El Rey Viejo*¹ es un relato clasificable dentro del género histórico y su acción se centra en épocas de la Revolución al consumarse el cobarde asesinato de don

Venustiano Carranza, jefe del movimiento constitucionalista y a la sazón Presidente de la República.

La novela da comienzo en los días angustiosos en que el barón de Cuatro Ciénagas y los hombres que aún le permanecieron fieles se disponían a evacuar la capital a bordo del Tren Dorado donde habían de vivir hasta la consumación del crimen de Tlaxcalotongo. «Allí» en aquel tren un hombre de irreductible firmeza «celebraba consejos de guerra, recibía a los embajadores, fabricaba moneda, comía — cuando había que comer —

¹ México, 1959.

y dormía, siempre que no recibiera una noticia alarmante, pues al mismo tiempo que él viajaba atento al pulso del telégrafo —la voz y los oídos del tren militar— otros generales, amigos o enemigos, viajaban en sus propios trenes, avanzaban y retrocedían, planeaban batallas, recibían a sus amantes ocasionales, reclutaban soldados y hacían funcionar, día y noche, sus máquinas impresoras de monedas».

Fiel al hecho histórico, Fernando Benítez se expresa de acuerdo con la realidad que con tanto acierto recrea y renuncia a todo comentario inoportuno, se deshace de cuanto vínculo o atadura tienda a mermar la sensación de esa realidad que impregna de intención y aun de cierta arbitrariedad a fin de que el relato no quede limitado a la reproducción de los hechos reales, ya que en este caso la labor del no-

velista se reduciría, como señala Albert Camus, «a repetir estérilmente la creación».

La noble figura del Viejo, muerto trágicamente por no haber querido traicionar a su destino, se torna de carne y hueso: «Su barba blanca destacaba con fuerza sobre el uniforme privado de insignias militares...» Invulnerable a las tentaciones de la concesión y al acomodo, prefiere entregarse en manos de la fatalidad de una decisión civilista al plantearse el problema de la sucesión presidencial. Le hubiera bastado en lugar de empeñarse en que le sucediera un civil, pensar en un caudillo militar:

— «Decididamente no debo, no puedo seguir ese único camino» — dijo hablando consigo mismo tras haber oído la proposición que consistía en apoyar públicamente la candidatura de Obre-

gón. Luego hizo una pausa:

— «¿Sabe usted cuántos pronunciamientos hemos sufrido en un siglo? Más de mil. Todos querían salvar a la patria, todos trataban de restaurar la democracia, a todos los desvelaba el bienestar de los ciudadanos, pero en el fondo, como ellos mismos se apresuraron a demostrarlo con sus hechos, lo que les importaba era su interés personal, su hambre de poder, su ambición de riquezas. El pueblo, vestido de harapos, compra armas costosas, sostiene un ejército para que defienda sus instituciones, y el ejército, en lugar de defenderlas, aprovecha esas armas para sojuzgarlo y convertirse en su amo...»

De acuerdo con las nuevas técnicas de la novela, Fernando Benítez, relata hechos, presenta y caracteriza sus personajes a través de actos, otorgándoles la facultad de vivir sin echar mano a descripciones tediosas, sin necesidad de indicar que debemos pensar esto o aquello de su héroe. Por encima del dato histórico es la subjetivización del autor y la riqueza de su mundo interior lo que da proyección al relato y lo llena de contenido. Al igual que un hábil camarógrafo, nos cuenta una historia valiéndose de imágenes y encuadres sugerentes y sobre todo mediante un enfoque inteligente y personal.

M. D. A.

«*Tiene la noche un árbol*»,
de *Guadalupe Dueñas*

Si Kafka se tenía por una corneja multicolor y extraña, podría decirse que la joven escritora mexicana Guadalupe Dueñas, es un colibrí con las mismas características. Pero un colibrí que se divierte y nos divierte con audaces y rápidas incursiones al mundo de la invención y de la fantasía en contraste maravilloso con lo más nimio, humilde e insignificante de cuanto integra el coro vital de la tierra.

Veinticinco cuentos escritos por una mujer inteligente, asombrosamente dotada para abordar ocurrencias en que se mezcla lo absurdo y lo verosímil, lo real y lo imaginado más una buena dosis de humorismo — humorismo fino que a ratos llega a macabro — y una cierta amargura dolorosa en el

trasfondo como si con ella nos quisiera dar testimonio de aquellas hermosas palabras de Novalis: «Debemos estar orgullosos del dolor; el dolor nos recuerda nuestra condición elevada».

Éste es el punto de partida, el arranque donde comienza a perfilarse ya con asombrosa nitidez el papel principal que juega ese humorismo amargo de la autora en las motivaciones de *Tiene la noche un árbol*¹ que no parece ser otro, al fin de cuentas, que el de lograr airosamente menesteres de poeta, la idealización de las formas reales según el concepto hegeliano de la poesía.

Porque Guadalupe Dueñas, al fabricar sus relatos se conduce como un verda-

¹ México, 1958.

dero poeta. Comenzó a hacer poesía para llegar a sus cuentos y ha terminado haciendo cuentos que son verdadera poesía. Sus relatos caprichosos, inesperados, insólitos a la sorpresa parecen contruidos sobre el andamiaje de una lógica casi infantil. Y es esto, precisamente, lo que les proporciona su deliciosa frescura, al punto, que se dirían como nacidos de golpe, sin avisar a la manera que la hierba nace en los prados o brota el agua en un manantial.

...«Los pasos del extraño van y vienen de la nada a la nada; lentos, desgarrados, sumisos. A veces se detienen, a veces dudan, a veces caen. Su arritmia trastorna a los vecinos: sienten los pasos sobre el corazón»... «Cinco días ha estado al borde de la casa, con la misma chaqueta roja, con el mismo pantalón ceñido y los mismos zapatos de bailarín...»

En la descripción de este desconocido que espera bajo la lluvia frente a la casa de la señorita Silvia en el cuento que da título al libro, se evidencia la innegable calidad poética en la expresión. La lírica como arte, trabajando su material más inmediato: el lenguaje. Como en un poema, Guadalupe Dueñas deja esfumar el fondo para explicarse mejor por el estilo que por el contenido.

La escena más trivial, la cosa más nimia, el personaje menos trascendente y aun lo repugnante, parece revestirse, en contacto con esta escritora, de ese extraño halo irreal característico del sueño. Veamos algún trozo sacado al azar de *Las ratas*: «Vienen de todas partes, igual que la gente de las rancharías cuando sabe que algún compadre ha matado puerco. Puede oírse cómo pelean las hambrientas para defender su porción de car-

ne manida. Crujen en ruido sordo las entrañas que desgarran sus colmillos. En unos cuantos minutos se hartan, pero se renueva la manada infinita que pule los huesos igual que una máquina...»

Por último, como muestra del fino humorismo de Guadalupe Dueñas, el factor que más parece personalizar su mundo, he aquí unos párrafos del cuento titulado *Prueba de inteligencia*: Después de varias pruebas aparece un «calvo que posiblemente estuvo loco, porque me preguntó a boca de jarro cuál era el mexicano que me parecía el más ilustre entre todos los que han existido. Naturalmente le contesté que era Nuestro Señor Jesucristo.

Tal vez fuese judío, pues se disgustó y cambiando de

conversación quiso informarse sobre mi artista preferido, sobre los platillos que más me gustan, como si fuera un amigo íntimo. Por último sacó un cuaderno de taquigrafía, con una punta linda, fina como pico de chichicuilotes, justa para escribir una poesía.

Supuse que iba a dictarme cuando veo que conecta un aparato con la electricidad; pensé que sería un ventilador porque yo estaba muy acalorada; casi doy un brinco al oír una voz muy pegajosa venida no sé de dónde:

—Muy señor mío y amigo...

Como permaneció cerrada la boca del viejo se fue la carta en contemplarlo y en pensar si sería ventrílocuo...»

M. D. A.

*«Historia de una obra pía (El hospital de Jesús en la historia de México)»,
de María Elena Sodi de Pallarés*

Se trata de una bien escrita y documentada historia del Hospital de la Pura y Limpia Concepción fundado por Hernán Cortés a raíz de la conquista de Tenochtitlán, en el año 1522, para «descargo y satisfacción de cualquier culpa o cargo» que pudiese agravar la conciencia del conquistador.

La inteligente y erudita escritora mexicana reúne en este libro material de primera mano. Para obtenerlo ha tenido que recurrir no sólo a autores de tan gran prestigio como Fray Juan de Zumárraga, Mendieta, Bernal Díaz del Castillo, Carlos de Sigüenza y Góngora e historiadores más modernos, sino que se ha visto obligada a utilizar el testamento

del propio don Hernán y a rebuscar en el archivo del Hospital, que cuenta con dos millones de documentos, muchos de ellos sin paleografiar e inéditos a más de deficientísima clasificación ya que no se hallan completos. Al parecer el último descendiente de Hernán Cortés que estuvo al frente de la institución, el señor Pignatelli y Aragón Cortés, arrancó, a muchos documentos, las hojas en que aparecían firmas de ilustres personajes para obsequiarlas o venderlas a bajo precio. Los documentos más importantes fueron a parar a la Biblioteca de Washington, razón por la cual los que se encuentran en México carecen de antecedentes y de continuación.

En opinión de la autora, la historia del Hospital de Jesús reviste extraordinaria importancia porque «en ella se puede seguir, siglo tras siglo, la fusión de razas y de culturas precortesianas con las culturas occidentales».

«Determinó las medidas, distribución y gracia no sólo del Hospital, sino del templo de Jesús, de acuerdo con los deseos que dejó expresados el conquistador» el geómetra Pedro Vázquez según puede desprenderse de los viejos documentos consultados que datan de 1528 y se conservan actualmente en el archivo del mencionado Hospital.

Con gran donosura se relatan en este libro hechos tan pintorescos como «los dos acontecimientos que año tras año se sucedían dentro de la institución: las siempre ostentosas honras fúnebres por el alma de Hernán Cortés» y «la despiadada lucha contra

las chinches». Por lo que parece la lucha contra estos parásitos duró siglos, ya que los administradores solían quejarse frecuentemente durante muchos años de que «las paredes, llenas de agujeros, estaban pobladas de chinches amarillas y matimatas y de que en las vigas apolilladas estaban las crías engordando». Así pues — comenta la autora —, tras las honras por el alma de don Hernán «caritativamente se gastaban los dineros en tapar agujeros o amparos de las chinches y en encalar las paredes. Pero los malditos insectos se multiplicaban constantemente y los enfermos les tenían más horror que a la misma muerte».

Relátanse también en este libro interesantes leyendas, extrañas y peregrinas prácticas empleadas en las curaciones que se hacían en el Hospital con intervención de divinidades, consejas y pro-

cedimientos en los que se mezclaban ritos cristianos y actos de magia indígena. Junto al *Florilegio Medicinal* del jesuíta Juan de Esteynefer, recopilador de los nombres de santos cuya protección aliviaba los padecimientos, el Olimpo azteca con Tzapotlatena, diosa de la medicina; Xipetotec, dios de las enfermedades de la

piel; Nanahuatl, dios de la lepra; Amimitl, deidad de las enfermedades del estómago, y muchos otros.

En una palabra, un libro de extraordinario interés para el erudito y para el aficionado, con el aderezo de una prosa que al margen de su indudable valor literario nos deleita con su gracia y su donaire.

M. D. A.

«La tierra pródiga», de Agustín Yáñez

Agustín Yáñez es, hoy por hoy, el novelista mejicano con más recursos técnicos, mayor madurez y mayores posibilidades para la creación. A ello habría que añadir un temperamento de narrador de primera fila y una capacidad para expresar a su pueblo y su paisaje con fuerza y pasión pocas veces igualada.

En las tres grandes novelas publicadas hasta ahora —*Al Filo del Agua*, *La Creación* y *La Tierra Pródiga*¹— prevalece el tenaz y premeditado propósito de Yáñez por mostrar la realidad de México, paisajes y exteriori-

dades típicas por un lado y, por el otro, la mecánica espiritual del mejicano, sus rasgos característicos, sus matices, su modalidad.

La primera de estas tres novelas,² es una prodigiosa pintura de la vida en la provincia. En la segunda,³ el narrador presenta una clara visión del ambiente capitalino y de las inquietudes de un artista —mejicano por los cuatro costados— con todos sus estancamientos, aceleraciones y descargas. Es en la tercera —en cuyos substratos hallaremos el tema

¹ México 1960. Fondo de Cultura.

² México. Primera edic. 1947. Segunda edic. 1955.

³ México 1959. Fondo de Cultura.

de la Conquista— donde el lenguaje alcanza una plenitud, una plasticidad y un vigor inusitados.

La Tierra Pródiga es, más que nada, una feroz radioscopia de la costa mejicana del Pacífico. Los personajes en ella encuadrados, aparecen tan reales, tan de carne y hueso que poseen todo el valor de un monumento extraído de la realidad más honda y auténtica. La magia de la tierra costeña se conjuga en la novela de Yáñez con los factores ancestrales que caracterizaron al conquistador español típico. Personajes que se mueven bajo la impulsión de un sentimiento primitivo en el marco de una naturaleza arrolladora, deslumbrante. Un desfile de gentes incrustadas en un mundo complejo, rústico, salvaje que domina al hombre en su circunstancia vital.

«*Conquistadores caciques*

foragidos. Rueda de fieras —dice Yáñez— *Hipócritas. Palabras al revés. La ley de sus apetitos*». Con insaciable sed de riquezas a cambio de nada. Enriquecidos por la ley del más fuerte, del más astuto.

Entre esta clase de héroes ocupan lugar de primer plano en la narración, Ricardo Guerra y Sotero Castillo. Lleva el primero el apodo de «el Amarillo» y es dueño de La Encarnación —veinte kilómetros de litoral asombroso y miles de hectáreas tierra adentro—. Es hombre de fábula. «Ya dobla el medio siglo y parece tener veinte, no más de veinticinco años: ágil, parlanchín, risueño, sangre liviana, parece incapaz de matar una mosca y su leyenda es de demonio».

Compinche y enemigo suyo, a un tiempo, es Sotero Castillo. Ambos forman la *mancuerna*, aun cuando sea

éste, dentro del mismo primitivismo, marrullería y falta de escrúpulos, el polo opuesto, la contrapartida del Amarillo.

Las mujeres de *La Tierra Pródiga*, son también mujeres de pelo en pecho que con la tierra forman una sola y misma cosa. Elena —más tarde doña Elena— es la muchacha más bonita de todos aquellos rumbos. «Grandes ojos de Dolorosa, iluminados por la pasión. Enérgico el porte, sin blanduras costeñas. Caderas musicales...» Leal y abnegada hasta su acto postrero. Hasta cuando olvidada, definitivamente repudiada, se precipita al mar para no hacer som-

bra ni estorbar a Gertrudis la que a «él» ha de darle fruto de su vientre. Quien pueda perpetuar su nombre y heredar y defender la tierra.

Al describir el paisaje, el autor nos hace partícipes del hechizo y encanto de las tierras costeñas:

«Laberinto de brechas y veredas bajan, recorren las playas; trepan, se asoman a los balcones, hacen cornisas voladas al mar, sobre las puntas, entre la selva o entre huertos y jardines: fragancia y matices; los elevados arcos de las palmas, en gracia y majestad: sus troncos en filas interminables, altísimos, gráciles...

M. D. A.